

Yalula o la mirada de Severino Salazar en el universo femenino

Alejandra Herrera y Joaquina Rodríguez

*Cuando un amigo se va,
algo se muere en el alma.*

Sevillana popular

“YALULA, LA MUJER DE FUEGO” (1995) es el título de un cuento de Severino Salazar (Tepetongo, Zacatecas, 1947-ciudad de México, 2005), cuya protagonista es una bailarina de burlesque, una artista del estriptís. “No, no, nunca. Qué esperanzas” (S. Salazar, “Yalula, la mujer de fuego”, p. 25). Esta frase plena de intensidad es el *incipit* que destaca una sarta de preguntas que envuelven al lector y estructuran la tensión narrativa. Atendiendo al título parece que es Yalula quien habla. Pero ¿por qué inicia con estas negaciones?, ¿cuál ha sido la pregunta?, ¿a quién responde? El lector encontrará la respuesta a todas estas interrogantes a lo largo del texto. Evidentemente quien habla –narra– es Yalula y así lo hará ininterrumpidamente en todo el cuento. Se trata de un larguísimo párrafo a través del cual la bailarina describe, sobre todo, el tránsito de un cabaretucho de Zacatecas al esplendor de las marquesinas de la ciudad de México. Este soliloquio está compuesto por anécdotas, recuerdos, sensaciones y reflexiones sobre la vida y el arte de esta mujer de fuego.

Pero ¿a quién le habla? El oyente de Yalula es otra mujer, una feminista, pues Yalula declara: “...yo no entiendo esas cosas de ustedes las feministas...” (*ibid.*) El tratamiento del “ustedes” es un dato que hace pensar que el monólogo de Yalula se desarrolla durante una entrevista, la cual obliga a la protagonista a dejar los cerros y a tomar vereda, es decir, a centrar su discurso y recordar: “Ah, sí, el nombre” (*ibid.*, p. 27). Como si la feminista le hubiese preguntado la razón del nombre artístico para guiar así el relato y articular los recuerdos de Yalula. Son tantas sus vivencias que no admiten la argumentación lógica de la lengua escrita. Además debe considerarse que Yalula es una triunfadora y esta perspectiva narrativa le permite desviarse, contradecirse, regresar a un

FOTO: ANTONIO MARQUET



punto ya lejano. Después, el personaje oyente empieza a diluirse, aunque Yalula lo haga aparecer con su imperativo: “Dame un cigarro...” (*ibid.*, p. 26), o empleando el modo inclusivo: “Imagínate...”,

“Nunca terminas...”, “Los milagros los haces tú...” (*ibid.*, p. 34), para que así el oyente ceda su lugar al lector. En realidad es un recurso empleado por el autor para involucrar aún más al lector, pues éste se siente constantemente aludido por la voz narrativa.

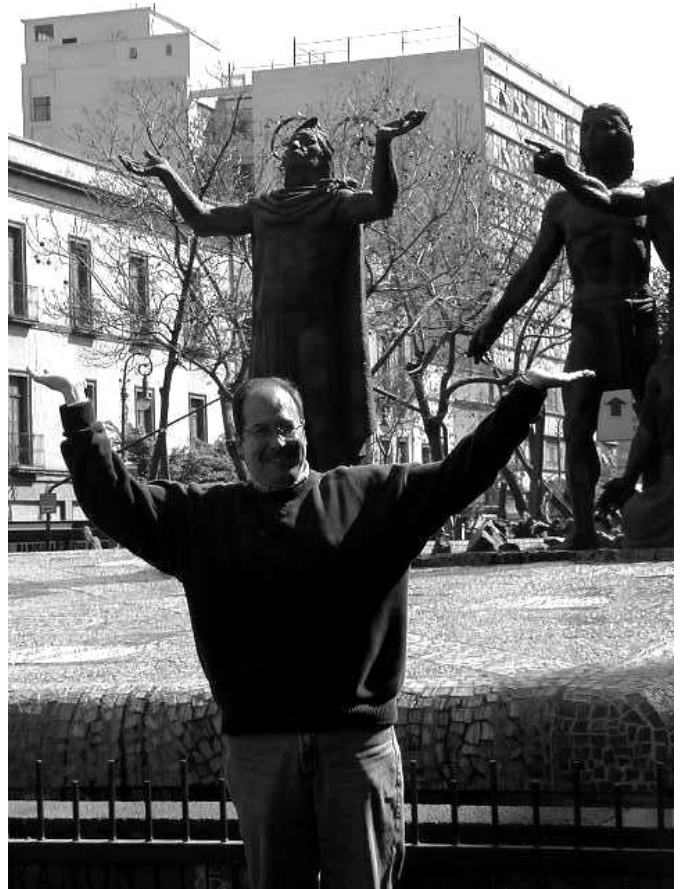
Yalula es un personaje muy complejo, conformado, paradójicamente, en la inconformidad. Nacida en el norte de Zacatecas, en el desierto, sin padre y sin más recursos que los que procura la madre vendiendo arroz y huevos duros en la boca de una mina, confiará en su vocación artística para luchar por su propia sobrevivencia.

“No, no, nunca. Qué esperanzas” (*ibid.*, p. 25). Contestaba al inicio de la entrevista y esta respuesta parece que refiere a la pregunta de si algún día imaginó llegar tan lejos, no sólo del desierto zacatecano a la gran ciudad, sino a su éxito profesional. Yalula ahora es una estrella respetada por el público, tiene dinero y no se siente explotada por nadie. Si el azar la llevó a convertirse en artista, ella supo arriesgar, aprovechó su belleza, su habilidad para bailar y se aferró con disciplina. Ahora su trabajo es lo que la mantiene viva y la sigue conformando en el proceso de superación. No se permite quebranto en el esfuerzo continuo ni lamento del pasado. Es un síntoma revelador de esto último que haya



FOTOS: ANTONIO MARQUET

FOTOS: ANTONIO MARQUET



olvidado el nombre artístico con el que inició su carrera mientras trabajaba en El Gallinero, cuando era únicamente una bailarina de relleno. Ella pudo dejar de ser una de tantas y logró sobresalir como individuo, pero eso sí con la firme condición de no dejarse toquetear por el exitado público ante quien se desnuda. El estriptís lo ejecuta con arte pero no permite ser tocada.

Pero qué otra cosa se puede hacer cuando es Yalula la que nos toca a público y lectores, la que nos mueve ideas, conceptos, principios. Porque Yalula reflexiona profundamente sobre su vida. Se inconforma con su origen más que humilde. “Siempre quise ser alguien” (*idem*), dice a su casi invi-sible interlocutora; lo cual significa que se consideraba nadie mientras fue niña jovencita, mientras la vida se ejerció en ella con un marido que la abandonó antes de los veinte años con dos hijas pequeñas, cuando ella no podía decidir nada para sí misma. Del impulso vital pasa a la conciencia de su realidad. El proceso de superación se inicia entonces y coincide con los traslados geográficos y a la vez internos: desde el desierto donde todo es igual a todo, al hombre que ve en su cuerpo una mina sin explotar; desde las carpas o los antros de mala muerte hasta los cabarets con candilejas,



en síntesis, desde la provincia a la ciudad capital. En tres años se ha convertido en bailarina de burlesque ilustrada. El éxito económico llega con el profesional. Instalada en la ciudad de México, adquiere propiedades, y su madre y sus hijas no sufren ya privaciones: lo que antes hacía falta ahora sobra. No sólo es la reina de la noche, sino que incluso ha filmado una película: *Yalula, la mujer de fuego*. ¿De fuego o de hielo? Porque Yalula ha perdido la inocencia, ahora es ya consciente de muchísimas cosas y se ha quedado a esa distancia de todo, en esa orilla que Fernando Pessoa llamó la “decadencia”: dis-

tancia de Dios y de los hombres (cf. *El libro del desasosiego*). La decepción de los ministros del Señor la extiende a toda la cristiandad y sólo cree en lo que ve. Los milagros los hace cada quien y “para eso tiene que sudar el lomo” (Salazar, *op. cit.*, p. 34). Por eso para Yalula la vida es una lucha constante contra el ambiente que la rodea: alcohol, tabaco, drogas y gente sin criterio: “Pues por principio tienes que luchar porque en tu casa te dan una mente así de chiquita. Y como si te dijeran: no la crezcas [...] si la haces más grande, si la dejas que crezca te apuntamos con el dedo” (*ibid.*, p. 33).

De todo ello logra evadirse Yalula, sobre todo de ser tocada. En ella es casi una obsesión evitar el contacto. Se desnuda frente a un público, una masa sin forma que la admira, pero es incapaz de desnudarse frente a un solo hombre, aunque, contradictoria como es, haya tenido varios amantes entre los que se encuentran hasta “politicazos”, pero ella siempre pone a raya al público y a los amantes. Ha apostado todo por su individualidad con tal firmeza que nada ni nadie puede ya decidir por ella. Su logro vital es concebido por la capacidad de provocar un efecto en los otros, pero nunca permitir que algo externo ejerza el poder o el dominio sobre ella. Por eso trabaja incesantemente y batalla contra



FOTO: ANTONIO MARQUET

“los explotadores, los envidiosos, los estafadores [...] que tiran a matar” (*ibid.*, p. 34). Yalula nunca está en sosiego porque debe resguardarse de los demás, se trata de poner siempre distancia. La provinciana ha pagado el precio de la ilustración citadina. Su valentía y lucidez para ver y aceptar la dolorosa realidad y vivirla—contarla— sin resentimientos ni tragedia no la hace, sin embargo, más feliz. Cabe entonces preguntarse si la reflexión y la lucidez le sirven para algo. La respuesta es no. A la reina de la noche el triunfo no la ayuda en términos vitales, a menudo la ronda el sin sentido. Por eso no puede detenerse, trabaja sin tregua, pues si para, se pregunta: “¿Cómo le pudo dar alegría a alguien verme encuerada? En serio. No entiendo, de plano” (*ibid.*, p. 35). Y si a esto añadimos lo que su hija más chica le dice: “Mamá, ¿qué estamos haciendo aquí?, a nadie le hacemos falta ni nadie nos hace falta” (*ibid.*), el mundo de Yalula sostenido

prácticamente por alfileres se derrumba, y entonces corre al único espacio en el que se siente segura, el caos oscuro del cabaret: “Por eso trabajo día y noche, caray” (*ibid.*) Y así Yalula encuentra el sentido de su vida en el sinsentido.

Cabe una última pregunta: ¿qué quiere decir Salazar a través de esta exploración que hace en la vida y entraña de Yalula? Siempre es un riesgo intentar una respuesta a esta clase de interrogantes. No importa, lo correremos y será necesario, entonces, hacer un movimiento de translación que vaya desde la artista bailarina de burlesque al artista de la escritura. La literatura, escribir, es una acción que se parece mucho a la acción de desnudarse. El autor transparente, directa o indirectamente, sus deseos satisfechos o frustrados, sus valores, sus modos de entender y transitar por la vida. En este cuento encontramos una Yalula observadora de su competencia, su medio y el público, conocedora de que la improvisación, la sorpresa, cautiva a los espectadores porque sólo así se manifiesta la sinceridad. En el fondo, parece que se trata de una metáfora del trabajo del escritor. La disciplina que implica dominar el cuerpo equivale a la pelea continua del autor con las palabras; los ensayos, repetir hasta el cansancio una coreografía, cambiarla, mejorarla se parece mucho al esfuerzo de estructurar, de buscar la manera más efectiva de contar una historia. El público que se maneja en el espectáculo es, evidentemente, en el campo de la escritura, el lector. El tema planteado por Severino Salazar se basa en la pregunta por el fundamento de la escritura: ¿para qué escribir? Pareciera que una posible respuesta sería la estructuración del texto en sí, componerlo con base en ideas, sensaciones, imágenes, digresiones porque en todo ello radica el gozo de la creación. A lo mejor el autor de “Yalula...” preguntaría ¿pero a quién le hace falta de veras la literatura? Y aquí cada quién tendría que dar su propia respuesta. •

Bibliografía

Severino Salazar, “Yalula, la mujer de fuego”, en *El cuento contemporáneo*. México, UNAM (Material de Lectura, 101), 1995, pp. 25-35.

ALEJANDRA HERRERA es profesora-investigadora de la UAM Azcapotzalco. Estudió filosofía y es ensayista sobre literatura mexicana. Está especializada en la narrativa de Severino Salazar.

JOAQUINA RODRÍGUEZ es profesora-investigadora de la UAM Azcapotzalco y académica fundadora de nuestra universidad. Estudió letras en la UNAM. Escribe crítica literaria.